

embriagadores y haber devorado especies excitantes, aquellos sacerdotes medio desnudos ó mal envueltos en gasas ligeras, ante dioses que resaltaban como símbolos de la generación, forzosamente habían de llegar á excitarse sin remedio, y en términos tales, que caerían rendidos en brazos de un placer ardoroso derramado por los átomos y las fibras de sus carnes, por las gotas de su sangre, desde los latidos de sus corazones hasta los latidos de sus sienas, y desde las uñas de sus piés hasta las ideas de sus cerebros. Imposible, sin explicarla de esta suerte, comprender tanta y tan extraordinaria sensualidad.

Apenas Kumarita naciera cuando ya entrara en el convento de la diosa Nari. Los sacerdotes la recibieron á una con agrado y le grabaron en el pecho los signos de su nueva religión. Como en todas las tierras tropicales resulta la precocidad tan fácil y viene tras la infancia la juventud, y tras la juventud la vejez tan pronto, á los siete años la dispusieron ya de suerte que pudiese aguardar bien aperecida y dispuesta las señales de nubil. Llegado este momento, un deliquio se apoderó de tantas gentes sensuales como discurren por aquellos territorios de la sensualidad. Los amores más materiales parécense allí á los éxtasis más místicos, y el alma vuela por un lado mientras el cuerpo se

arrastra por otro. Las imágenes más groseras con las imágenes más idealistas se mezclaban en aquellos cánticos que parecían explicar el placer en todo su vigor y en toda su abundancia, como lo provocan allí desde los árboles del bosque hasta los dioses del altar. En las teogonías indias existen, como sabemos, las apsaras, quienes volaron del mar al cielo después de haber batido las aguas á fin de verlas producir aquel alimento de la suave ambrosía con que las divinidades á una se nutren y sustentan. Pues con las apsaras ponían los indios en parangón á Kumarita. Y amigos de la comparación y de la hipérbole, no sabiendo hablar sino en figurado lenguaje y con tropos de muy desmesuradas proporciones, comparaban su rostro al disco de los astros, su aliento al aroma de las flores, su voz al cántico del ruiseñor, sus coloquios á las estancias del libro de los vedas, la lumbre de sus ojos á la lumbre de los días y las sombras de sus párpados á las sombras, ora del crepúsculo en la tarde, ora también á la noche profundísima y silenciosa. ¿Quién sería el primero en gustar sus amores? Para explicar esto conviene un recuerdo: el de que Nari en persona representaba la generación. Y como representaba la generación, ofrecíanla en los templos una de aquellas fiestas semirreligiosas, las cuales se distinguían por su grande sensua-

lidad. Allí podían coger los sacerdotes y aun los profanos el primer favor de las jóvenes consagradas á los dioses. Imaginaos cómo contarían los instantes y cómo se apercibirían los mancebos á un goce tan verdaderamente sobrehumano. En algunos pueblos asiáticos estíflase besar en los labios á las jóvenes el sábado santo, cuando los popes de la misa griega se vuelven al pueblo para decirle cómo Cristo ha resucitado. Naturalmente los jóvenes van á la iglesia y se colocan cerca de la mujer preferida para libar en sus labios un beso verdaderamente místico y sensual á un mismo tiempo. Imaginaos cómo esperarían los jóvenes indios placeres mayores en aquellas fiestas sensuales consagradas á la diosa que genera y mantiene las especies. Por consiguiente, había grandes competencias para oler primero aquel capullo virginal en cuya corola de hojas brillantísimas se contenían las más puras y suaves esencias. ¿Quién sería el mortal afortunado? Sujeta por el destino y sus decretos en aquellos monasterios sensuales á quien primero se presentase para poseerla, su virginidad hermosísima se perdería en el horrible pandemonium de un amor anónimo, puramente animado por la superstición y la borrachera.

Kumarita era casta por instinto y no podía resignarse á que fáciles y fugaces sensaciones hicie-

ran de su bello cuerpo y de su alma purísima un pobre y mísero juguete. La superstición general no había entrado en el fondo misteriosísimo de sus creencias ni en las vivaces partículas de su sangre. Levantada por las fuertes alas de sus afectos y de sus ideas sobre las gentes de su tiempo, no transigía con ciertas costumbres teocráticas, y aislaba su virtud serena de todo aquello que la circuía. Así resolvió, allá en su interior, con resolución suprema é irrevocable, morir antes que ceder á la corriente, dejándose arrastrar por sus ímpetus á la pérdida de su pureza corporal y de su virtud espiritual. Con la proximidad de las fiestas equinocciales, donde se inmolaba como un holocausto propicio á los dioses la virginidad de aquellas jóvenes sagradas, coincidía la coronación del rey de aquellas comarcas, para la cual se preparaban toda suerte de ceremonias y de solemnidades conducentes á deslumbrar un pueblo y sujetarlo en la obediencia. El rey Agastya, pues, tuvo carros de sándalo y marfil, mantos teñidos en los colores más bellos dados por aquellos jugos que parecían luz líquida, legiones de maravillosos elefantes donde iban sus cortesanos, y hasta un ejército de sudras puestos en torno suyo para sembrar de flores los espacios que recorría y cargar de aromas el aire que respirara. Aquel inmenso cortejo debía pasar por la

puerta del templo de Nari, donde se hallaba Kumarita, designada ya por la liturgia de los indios á la pérdida inmediata de su pureza en medio de una orgía sacrosanta. Ningún espectáculo de los que ha dado la civilización después podría compararse con estos espectáculos de la India. En parte alguna se mezclan factores de ornato como los metales preciosos y los tintes brillantísimos. En parte alguna con tanta pedrería el suelo y con tantas flores el campo. En parte alguna gasas como aquellas que parecían aleteos de aves mágicas bajadas de otros cielos. Al són de música fragorosa, y á veces discordes, las bayaderas bailan, los coros de jóvenes sacerdotes cantan, los pelotones de luchadores juegan á batallas á veces cruentísimas, los cómicos representan farsas risibles, los fakires hacen milagros innumerables, los fascinadores llevan suspensas de sus miradas serpientes ó águilas, mientras los fanáticos, para mostrar su devoción, ya se arrojan bajo las ruedas de los carros y quedan aplastados, ya entran en colosales encendidas hogueras hasta que sus cuerpos se hayan desvanecido y disipado por la inmensidad de los aires. La extraña procesión llegó á la puerta del templo donde se hallaba Kumarita, y el rey se detuvo constreñido por las leyes y por las costumbres al homenaje indispensable. Aquel momento era supremo. En cuanto pasara la

procesión comenzaba la orgía religiosa. Y en cuanto la orgía religiosa comenzase Kumarita perdía su pureza. Así la joven salió y se prosternó ante su monarca. Éste, al verla tan hermosa, quedó como deslumbrado. De buena gana quedárase con ella en aquel sitio, cambiando la felicidad segura de querer por la segura tristeza de reinar. ¡Oh! No hay que dudarle. Avasallaba el candor de joven tan pura y tan hermosa todos los ánimos. Pues bien, ya enfrente del monarca y al pie de su carro levantó su melodiosa voz, fuerte y dulce á un mismo tiempo, para decir que, deseando permanecer virgen, por declaración solemne se consagraba muy de grado al culto del fuego. Apenas había dicho esto cuando un clamor espantoso llenó los aires y ensordeció á los circunstantes, como si toda la muchedumbre reunida en el sitio donde la escena pasaba se hubiera sentido sobrecogida de un delirio. ¿Por qué tanta exclamación de verdadera pena? ¿Por qué tanto gesto de dolor? Aquellas gentes llegadas al templo con tal solemnidad y silencio, ¿qué habían visto y oído para estremecer así con tal estremecimiento y lanzar por los aires aquella estruendosa tempestad horrible de vociferaciones, todas ellas con aires y artes de lamentos? Vamos á verlo, pues para conseguir una idea de todo ello se necesita saber un poco de costumbres indias.

En los pueblos asentados sobre las castas no hay amenaza tan temible á todo el orden social como la perturbación de semejantes organismos que arreglan y determinan toda la sociedad. Formadas y compuestas por el nacimiento, en esta formación y composición vense desde luégo designaciones divinas á las cuales nadie debe atreverse por fuerte y grande que parezca. Únese para sostener las castas en el seno de las sociedades antiguas á una designación religiosa la fuerza incontrastable de los sentimientos animados por las tradiciones y por las costumbres. El que ha nacido en casta superior, antes se mezclaría con los animales más inmundos que con las castas inferiores. Y el que ha nacido en una casta inferior, no sueña con ascender á las clases superiores, tan inaccesibles como el cielo puesto fuera del alcance de su mano. Por estas razones recibíase del cielo con el nacimiento la designación para ingresar en una clase ó casta, y cuando ya se había ingresado, necesitábase quedar en ella sin subir los de abajo, sin bajar los de arriba, pues no procediendo así perturbábase tanto el orden natural como el orden político, y tanto el orden político como el orden religioso. El rey engendraba reyes, el sacerdote ó brahmán sacerdotes ó brahmanes, el soldado á su vez soldados, el comerciante ó vasia comerciantes, el trabajador ó sudra trabaja-

dores ó sudras, el paria parias. Y la religión revelada con sus dogmas y liturgias, la moral con sus cánones, la política con sus leyes, el arte con sus inspiraciones, la costumbre con sus fuerzas, la tradición entera con sus prestigios mantenían el mutuo aislamiento entre las clases y encerraban á cada cual de ellas en sus espacios respectivos. El sacerdote había nacido de la cabeza de Dios, é imposible de toda imposibilidad que decayese ó degenerase viniendo de órgano tan alto y sublime de suyo en la divinidad como entre nosotros los humanos. Venía el guerrero de los brazos como para indicar que si todo sacerdote representa la idea, todo rey ó guerrero representa por su parte la eficaz acción. En el vientre generábanse aquellas clases como el comerciante, que representan en la sociedad el curso de los productos equivalente al curso de nuestros humores. Y luégo, aquellos que trabajan como el sudra, empapando en el sudor de su frente la tierra y fecundándola, provienen de los muslos y de los piés de Dios. Imaginaos que se subiera el vientre á la cabeza ó se bajaran los brazos á los piés. Todo sería perturbación en nuestro pobre cuerpo. Pues una perturbación idéntica traería en el cuerpo social indio que un sudra se subiese á vasia ó un vasia se subiese á brahmán. El sacerdote ha nacido para comunicarse con los dioses, y este ministerio

le han infundido sus predecesores, y este ministerio infundirá él á sus descendientes. Han los guerreros nacido para el gobierno civil y para la defensa material del mundo indio, por lo que brotarán de su seno tanto los generales como los reyes. El vasia ó mercader comerciará perpetuamente cambiando unos por otros los productos. Y el inferior, el sudra, no hará sino trabajar, y trabajar en todos los trabajos serviles que piden una especie de inclinación hacia la tierra, y con empleo constante de la fuerza material. En esta concepción el mundo social se asemeja mucho al mundo material. Nacen los hombres en él como pudieran las especies con un fin predeterminado y dentro de un organismo, sobre cuyas esenciales condiciones ó íntima naturaleza nada pueden la inteligencia y la libertad. Esta fuerza de transformación que nos presta el sentimiento de nuestra responsabilidad mezclado con el impulso al progreso, esta fuerza, decía, por la que salimos los pueblos colocados en otras condiciones de derecho á las inaccesibles alturas, no existe de ningún modo entre los indios, imposibilitados de saber por qué los aplasta la fatalidad increíble de su generación y de su nacimiento.

Lo que había hecho Kumarita con su declaración de consagrarse al culto del fuego y permanecer virgen había sido pura y simplemente anunciar su

decisión de subir desde su inferior clase á otra más alta y sublime. Vasia de nacimiento, se había sublevado contra esta ley divina de la herencia y pretendido burlarla. En las supersticiones y costumbres de los indios no podía cometerse un crimen mayor. Y como no podía cometerse un crimen mayor, llevaba el acto cometido por Kumarita en aquel momento aparejada la muerte. No tenía, pues, más remedio que morir. Las clases superiores no perdonaban á las clases inferiores tales agresiones á su inmovible constitución, y habíanlas penado con penas inenarrables. Sabíase por todos que quien se subiese á mayores, desconcertando la esfera de su nacimiento para sustituirla por otra, se atraía la pena de muerte sin remedio. La muchedumbre no pudo menos de gritar con clamores fragorosos al ver una tan bella joven herida de muerte por su propio mano, y á muerte condenada por sus propios labios en suicidio verdaderamente incomprensible. Pero la resolución de Kumarita por tal manera tenía carácter de firme y completa, que levantaba la frente con orgullo y dirigía doquier la vista con tranquilidad, como si, en vez de asomarse al sepulcro, recibiera centuplicada la vida. Todo el mundo estaba horrorizado menos ella, completamente tranquila. Las castas pueden explicarse por el estado social de un pueblo; pero no pueden explicarse



por la pura y alta razón humana. El sentimiento de igualdad está en el fondo de nuestra naturaleza. Se prueba esta vulgar aserción pensando cómo los abismos abiertos por las leyes entre clases diversas suele cegarlas el amor. En todos los tiempos y en todos los pueblos hanse los reyes enamorado con frecuencia de sus vasallas, y los amos de sus siervas. Por muchas precauciones que contra la mezcla de razas tomara el pueblo indio, y por muy arraigada que la razón de su existencia y la costumbre de respetarlas estuviera en los espíritus y en los ánimos, no podía impedirse que por el amor subieran las clases inferiores á las alturas y bajarán á los abismos las clases superiores. Nadie puede sublevarse, nadie, contra la igualdad santa establecida por el amor entre las clases y las castas sociales. Muchos seres inferiores habrán muerto sin poder decir á una persona, en esfera superior puesta por el destino, la pasión que les inspirara. Tal desgracia resultará siempre lote natural é inevitable de los desheredados. Pero no sucederá lo mismo de ningún modo con las clases superiores, quienes podrán manifestar su amor á las personas de clase inferior, siempre que á ello su voluntad las impela. Por esta causa el sér inferior sube siempre á las alturas sociales llevado en brazos del sér superior que lo ha designado y elegido. En este instante supremo de la declara-

ción de Kumarita, ¿no había entre los que la rodeaban por todos lados ninguno bastante osado á saltar los abismos sociales y colmarlos con aquella pasión que todo lo iguala, colmarlos con el amor? No podía menos que suceder así. La belleza de tal mujer aparecía deslumbradora en tanto grado, que de suyo debía cautivar lo mismo á los superiores que á los inferiores en aquella sociedad.

Las leyes naturales, contra las que nada puede la sociedad, se cumplieron. El abismo que separaba la hija del sudra de los hijos del rey se colmó con el amor. Dos nobles de primera calidad, aparte los brahmanes, había en el concurso que miraba el sacrificio de la virgen india. Era uno el rey Agastya, era otro el guerrero Iodlah. En la constitución india ejercía el primero autoridad suprema sobre muchos territorios y sus gentes, mientras constituía el segundo un poder y autoridad política de inferior grado; mas los dos reinaban, los dos se decían monarcas. El feudalismo, revestido por nuestras naciones de la Edad Media, debe corresponder á ciertos estados sociales, cuando lo vemos en estos reyes de orden secundario que tenía la India, y en los sátrapas tanto del Nilo como del Éufrates. El dominio eminente de los reyes superiores y el dominio subrogado de los reyes inferiores constituía una especie de conciliación sobrevenida tras los comba-

tes cruentos y las victorias definitivas, un premio al caudillo fiel y al héroe sobrehumano. Colocábase á la cabeza de aquel estado secundario, bien el enemigo roto, con quien se quería una conciliación indispensable después de sus humillaciones, bien el capitán animoso que había cooperado al común triunfo de los suyos y al exterminio de los contrarios. Por cualquier camino que se llegase á esta condición de príncipe sometido, se cogían, como una enfermedad necesaria, desapoderadas ambiciones. El derrotado soñaba constantemente con vengarse de sus vencedores más ó menos implacables, y el amigo con subir á costa y sobre las espaldas del superior. De aquí provenían fatalmente aquellas sirtes de guerras entre las esferas superiores y las esferas inferiores de una sociedad bélica y belicosa, que ha constituido el perpetuo irremediable mal de los tiempos y de los pueblos feudales. Tal pasión reinaba en el ánimo de Iodlah. Guerrero, sus victorias habían cedido en provecho de otros; monarca, su corona solamente le recordaba la inferioridad. Los territorios por él poseídos estaban á merced siempre de aquel que le dominaba y ponía sobre sus espaldas parte principalísima de la peculiar y propia monarquía. Los celos y las envidias permanentes brotaban á una en Iodlah el soberbio. De los celos y de las envidias su guerra constante á los vecinos

para ensanchar el propio dominio y su conjuración permanente desde tal dominio contra el superior para derribarlo. Extendidos sus dominios entre las altas corrientes del Ganges y las raíces del Himalaya, unas veces combatía y otras veces trataba con las tribus cercanas, imponiéndose á ellas, bien por el triunfo, bien por el pacto. Y en tal proceder guiáballo solamente un deseo, el de imponer, si no miedo, respeto, al superior, ó cuando menos, una de las amistades forzosas y difíciles que consolidaban la jerarquía en aquella compenetración terrible de poderes más ó menos políticos y de estados más ó menos orgánicos. Iodlah era el vasallo y el enemigo á un tiempo de Agastya. En tal situación tocábale un estado intermedio entre la obediencia y la guerra. Obedecía cuando no estaba en el caso de pasar por otro punto. Y si guerreaba con sus comarcanos á veces, odiábalos á estos indirectamente, pues el odio principal suyo era contra quien tenía encima, y que le molestaba, no tanto con su imperio como con su sombra. Entre aquellas dos almas rivales por razón del estado social en que vivía cada una sustentábase naturalmente una guerra sin tregua ni descanso. Imaginaos lo que sucedería cuando pasión tal como los celos rabiosos llegase á mezclarse con todas las demás pasiones airadas.

Los dos se habían enamorado á una de Kumarita. Para comprender el sendo y respectivo estado de aquellas dos almas precisa recordar las costumbres indias. Iodlah vió á la hermosa doncella mucho antes de que la viese Agastya. Y si, al verla, concibió una grande pasión, este afecto de su ánimo no aumentó con lo que aumentan los afectos intensos, con la contrariedad, porque tenía en los ritos tradicionales y en las fiestas litúrgicas de su religión asegurado el necesario triunfo. Con ir al templo en la próxima noche del otoñal equinoccio, arrancaba de su tallo aquella intacta rosa y absorbía por vez primera su embriagador aroma. El amor de su monarca, de Agastya, llegó por bien diversa manera, y por otro bien diferente camino. Vióla y amóla. Pero en cuanto habíala visto y amado la desesperación entró en su pecho, porque no tenía medio fácil de adquirirla y poseerla. Hija de sudra, consagrada por sus padres á la virgen Nari, en convento de sacerdotisas puesta para componer parte de una comunidad litúrgica y religiosa, desvariando, y sin saber á qué moral obedecía en su interior, acababa de proclamarse resuelta con resolución irrevocable á entrar en los templos del fuego creador, lo cual equivalía de suyo á un verdadero suicidio. Kumarita estaba por sus propios labios condenada sin remisión á muerte. Había querido romper el es-

trecho límite donde la encerrara su nacimiento, y no tenía otra salida para tales intentos en pueblo tan férreamente organizado como aquel que la salida inmediatamente hacia el otro mundo. Pero aun quedaba un recurso en la intrincadísima liturgia del paganismo. Y el recurso era entrar en las castas superiores por cualquiera de los caminos legales que para ello habían tantas y tan diversas tradiciones abierto. El mejor camino era un casamiento. Si Kumarita subía por nupcias al trono y al tálamo de un rey, el sacerdocio que había querido invadir, y por cuya invasión merecía la muerte, penetraba en su nuevo estado por un derecho reconocido y proclamado en las leyes. Pero ¡ay! que las leyes no concordaban en esto con las costumbres. Por jurisprudencia más ó menos consuetudinaria en la India, el hijo de un rey podía muy bien casarse con la hija de un sudra; ningún delito cometía por ello, ninguna responsabilidad aceptaba; pero ¡ay! que sus vasallos lo mirarían siempre de mal ojo, y tememos aquí en este mundo más, pero mucho más, á los rigores de la opinión que á los rigores de la ley. Por consiguiente, los dos monarcas, tanto el inferior como el superior, heridos de la misma pasión, del amor á Kumarita, estaban obligados á idéntico sacrificio, teniendo, no solamente que renunciar á tanta felicidad, sino que ver la preferida quemarse y consu-